

**Sumario:**

*Al abordar el tema de “La Misión Ad Gentes hoy”, el Cardenal Sepe comienza destacando, por una parte, el “eminente valor misionero” del Concilio Vaticano II y, por otra, el Pontificado misionero de Juan Pablo II; y dedica una reflexión especial al llamamiento que hace el Papa en la Ecclesia in America a “extender un impulso evangelizador más allá de las fronteras continentales” y a llevar al mundo entero las inmensas riquezas del patrimonio cristiano y comunicarlo a aquellos que todavía lo desconocen. El Segundo Congreso Americano Misionero nos ofrece la oportunidad para tomar conciencia de los signos de esperanza de la vida de la Iglesia en América hoy, llamada a la Misión Ad Gentes, sin descuidar las dificultades que frenan dicho impulso evangelizador y que se constituyen en retos importantes para la misión.*

## La misión Ad gentes hoy

**Cardenal Crescenzo Sepe**

*Prefecto de la Congregación para la Evangelización de los Pueblos.*

**E**s para mí un motivo de gran alegría encontrarme hoy entre vosotros, enviado por el Santo Padre a presidir el Segundo Congreso Americano Misionero, expresión gozosa de la solicitud de cada una de las Iglesias particulares de América por anunciar el Evangelio de la Vida a todos los pueblos.

Saludo con afecto al Arzobispo de Guatemala, el Señor Cardenal Rodolfo Quezada Toruño, a todos y a cada uno de los miembros del Episcopado de Guatemala y de Centroamérica, a los Excmos Señores Obispos, Directores Nacionales de las Obras Misionales Pontificias, agentes de pastoral, misioneros y misioneras, familias, jóvenes y niños, representantes y delegados de las Diócesis del norte, centro y sur del continente americano y del Caribe.

A todos saludo en nombre del Santo Padre que, desde Roma, desea unirse espiritualmente a la celebración del Congreso. Les traigo su afecto, su cercanía y su bendición.

Con el primer Congreso Americano Misionero (y VI Latinoamericano) celebrado hace cuatro años en Paraná (Argentina), fruto del maravilloso camino que la Iglesia en América Latina ha desarrollado en favor de la animación misionera mediante los "COMLA", quedó sembrada una semilla de unidad, que ha sabido desarrollarse vigorosamente hasta llegar a este Segundo Congreso Americano Misionero.

40

Fue tras la celebración del Sínodo Especial para América en 1997, que el VI Congreso Misionero Latinoamericano, quiso extender su fraterno abrazo a "toda la Iglesia en todo el continente", convirtiéndose así en el I Congreso Americano Misionero. Se deseaba subrayar de este modo, cuanto el Santo Padre quiso expresar mediante la

misma celebración del Sínodo para América, sosteniendo “aquel vínculo más estrecho al que aspiran los pueblos del Continente y que la Iglesia desea favorecer” e impulsar así, con mayor vigor, la misión evangelizadora de la Iglesia, en América y también más allá de sus fronteras (cf. *Ecclesia in America*, 5).

Amadísimos hermanos y hermanas, “*La misión de Cristo Redentor, confiada a la Iglesia, está aún lejos de cumplirse. A finales del segundo milenio después de su venida, una mirada global a la humanidad demuestra que esta misión se halla todavía en los comienzos y que debemos comprometernos con todas nuestras energías en su servicio*” (*Redemptoris Missio*, 1).

El Santo Padre da inicio con estas palabras a la Encíclica *Redemptoris Missio*, y mediante ellas ofrece una interpretación sorprendente del tiempo en el que la Iglesia vive, definiéndolo no como la edad del coronamiento o del final de la misión, sino el de su principio. ¿Se puede afirmar, después de dos mil años, que **hoy** (26 de Noviembre de 2003), **la misión del Redentor se encuentra todavía en los comienzos?** ¿Se trata, tal vez, de un modo retórico para reavivar una actividad eclesial que en algunas partes se encuentra en decadencia?

Si recorremos brevemente el intenso camino que la Iglesia ha recorrido en estos últimos decenios, intentando descubrir en él los signos de la providencia divina en la historia, podemos darnos cuenta que dichas palabras no han sido escritas simplemente para embellecer un texto, sino para describir una apremiante realidad.

## 1. El Concilio Vaticano II

Situándonos en esta perspectiva histórica, no podemos dudar en afirmar que “*el Concilio Vaticano II constituye un **evento providencial**, ... , la respuesta evangélica a la evolución reciente del mundo con las dramáticas experiencias del siglo XX, ... , el Concilio ha señalado con nuevo vigor a los hombres de hoy a Cristo, el ‘Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo’, el Redentor del hombre, el Señor de la historia*”.

El Espíritu Santo que anima y guía a la Iglesia suscitando en cada época impulsos de una mayor fidelidad al Evangelio, ha inspirado el Concilio Vaticano II para dar respuestas concretas a la evolución del mundo actual. Las trágicas experiencias del siglo XX, y el “desgaste” que dichos acontecimientos, antiguos y recientes, han producido en las fibras más profundas del hombre contemporáneo: la pérdida de la esperanza, de la memoria y de la herencia cristianas, el fenómeno del ateísmo y el relativismo moral, exigían y exigen un nuevo anuncio de Jesucristo.

El Concilio Vaticano II, por su carácter pastoral, ha tenido un eminente valor misionero no sólo en aquellos documentos que tratan en modo específico sobre la misión *ad gentes*. El Concilio describe a la Iglesia como “sacramento universal de salvación”, signo transparente y portador de Cristo para toda la humanidad (cf. *Lumen gentium*, 48; *Ad gentes*, 1). Esta idea central, de profundo significado y trascendencia misionera, da pie a la *Lumen gentium* para urgir a una evangelización universal (n. 1). La Iglesia puede presentarse así como un “signo levantado antes las naciones” (*Sacrosanctum concilium*, 2), que “manifiesta y, al mismo tiempo, realiza el misterio del amor de Dios al hombre” (*Gaudium et spes*, 45).

Fue el mismo Pablo VI quien ofreció, al inicio de la Exhortación Apostólica *Evangelii Nuntiandi*, una interpretación radicalmente misionera del Concilio Vaticano II, mediante estas palabras: “*los objetivos del Concilio Vaticano II se resumen, en definitiva, en uno sólo: hacer que la Iglesia del XX siglo sea cada vez más idónea para anunciar el Evangelio a la humanidad del XX siglo*” (n. 2). En dicha Exhortación, documento que ha tenido también una gran importancia en la reflexión de la Iglesia en América Latina, han sido puestas las bases de la misión y de la nueva evangelización contemporánea, argumentos que han constituido los temas centrales de la serie de Sínodos que, en estos decenios, la Iglesia ha celebrado a nivel general y continental, nacional y diocesano (cf. *Tertio millennio adveniente*, 21).

42

En el fascinante y a veces dramático camino de la humanidad, caracterizado como decíamos por rápidas y generales transformaciones, por la deestructuración de las sociedades tradicionales, por el fenómeno de la secularización y por el renacimiento de un vago

sentimiento religioso, la Iglesia toma conciencia que, viviendo en un “nuevo mundo” –una sociedad global– se halla también, en un cierto modo, en un “nuevo inicio”.

Un mundo que no goza como en el pasado de “fronteras claras y bien definidas”; donde otras culturas, experiencias religiosas, antropologías y modelos de humanidad, conviven codo a codo con el cristianismo. Ante dicha pluralidad, la fe cristiana viene a ser una voz entre otras voces. Es más, en muchos areópagos modernos ella constituye a menudo un hecho minoritario, e incluso contracorriente del pensar común de la sociedad.

Esta nueva etapa histórica del camino de la humanidad, exige de los cristianos una fe adulta, espiritualmente madura, radicada en el fiel seguimiento de Cristo y de su Iglesia, capaz de hacer frente con serena audacia a numerosos desafíos (cf. *Veritatis splendor*, 88). Es esta una situación que, en definitiva, acentúa y pone de manifiesto la intrínseca dimensión misionera de la fe.

## 2. El pontificado de Juan Pablo II

El Pontificado de Juan Pablo II representa, en este nuevo contexto histórico, un acontecimiento providencial. El suyo es un Pontificado misionero. Como catequista itinerante ha recorrido *“los caminos del mundo para anunciar el Evangelio, para confirmar a los hermanos en la fe, para consolar a la Iglesia, para encontrar al hombre”*. Él los define “viajes de fe”, *“ocasiones de catequesis itinerante, de anuncio evangélico para la prolongación, en todas las latitudes, del Evangelio y del Magisterio apostólico dilatado a las actuales esferas planetarias”* (*Redemptoris missio*, 63).

Juan Pablo II, mediante su profundo y vasto Magisterio y su extraordinario Ministerio Pastoral invita a toda persona y a todo pueblo a abrir con confianza las puertas a Cristo, y nos enseña que la Iglesia, - todos y cada uno de nosotros -, está llamada a anunciar su Nombre, a proponerlo con gozo y sin miedo a este “nuevo mundo”.

Juan Pablo II ha sabido situar la misión de la Iglesia en el corazón de este nuevo contexto cultural de la humanidad y ha enunciado magistralmente sus principios mediante la Encíclica ***Redemptoris missio***, que, como su elocuente subtítulo indica, desea confirmar “la permanente validez del mandato misionero”.

No es este un documento, queridos hermanos y hermanas, que se detenga a conmemorar, sin más, el XXV aniversario del Decreto misionero conciliar *Ad gentes*. La Encíclica es la *magna charta* de la misión moderna. Constituye un texto esencial para conocer el camino de la Iglesia después del Concilio Vaticano II y para comprender la conciencia que la Iglesia tiene, a través de su Pastor Supremo, de su misión evangelizadora en el mundo actual. Las finalidades de la Encíclica quedan expuestas con claridad desde sus primeras páginas:

- Renovar la Iglesia desde la misión, pues la “fe se renueva dándola” (*Redemptoris missio* 2);
- Reafirmar la evangelización como el “primer servicio que la Iglesia puede prestar a cada hombre y a la humanidad entera en el mundo actual”;
- Disipar dudas sobre la misión *ad gentes*; confirmar en su entrega a los beneméritos hombres y mujeres que se dedican a ella y a cuantos les ayudan; promover las vocaciones misioneras; dar nuevo impulso a la misión propiamente dicha, invitando a las Iglesias particulares, especialmente las jóvenes, a mandar y a recibir misioneros.

La intensa y amplia discusión misionológica postconciliar, no exenta de ambigüedades, ha suscitado en el Santo Padre el deseo de recordar a la Iglesia la urgencia del mandato misionero, a precisar sus aspectos doctrinales y a clarificar sus modalidades de actuación, indicar quienes son sus responsables y agentes, y en qué modo todos los miembros de la Iglesia estamos llamados a participar en ella:

44

- En el centro de la actividad misionera está el anuncio de Cristo, el conocimiento y la experiencia de su amor. Él es el único Mediador entre Dios y los hombres, el único Salvador del mundo, en quien la humanidad, la historia y el cosmos encuentran su sentido definitivo y se realizan totalmente (cf. n. 4-11).

- Entre las diferentes actividades relacionadas con la misión, existe una jerarquía. En virtud del mandato misionero, del cual la Iglesia no puede sustraerse porque privaría a los hombres de la “buena nueva de la salvación”, todo debe tender al anuncio de Jesucristo. Diálogo interreligioso, promoción humana, inculturación, están ordenados al testimonio y al anuncio de la fe, orientados al descubrimiento del misterio cristiano y a la plenitud de la vida nueva (cf. n. 52-58).
- La inculturación debe estar dirigida por dos principios: “la compatibilidad con el Evangelio de las varias culturas a asumir y la comunión con la Iglesia universal”.
- La Encíclica (cf. n. 33) restablece también el equilibrio conceptual y de contenido entre la misión *ad gentes* propiamente dicha, (que tiene como destinatarios a los pueblos que todavía no creen en Cristo), la atención pastoral, (que se dirige a las comunidades cristianas con fervor de fe y estructuras eclesiales adecuadas y sólidas), y la “nueva evangelización”, (que se dirige a los países de antigua cristiandad o también a, donde grupos enteros de bautizados han perdido el sentido vivo de la fe).

Al concluir el Año jubilar, el Santo Padre ha querido reafirmar con vigor las motivaciones de la Encíclica *Redemptoris missio*, mediante la Carta Pastoral *Novo millennio ineunte*. En ella se confirma, con un tono de gozosa esperanza, que “la Iglesia no puede sustraerse de la actividad misionera hacia todos los pueblos; (y que) una tarea prioritaria de la misión *ad gentes* sigue siendo anunciar a Cristo, «Camino, Verdad y Vida» (Jn 14, 6), en el cual los hombres encuentran la salvación” (n. 56).

La palabra de orden del Papa al inicio del tercer milenio es volver a comenzar desde Cristo, “contemplando su rostro con los ojos de María” (*Rosarium Virginis Mariae*, 3). Una Iglesia más contemplativa, es decir, capaz de asimilar vitalmente la belleza del Amor de Dios que se manifiesta en la persona de Cristo, será una Iglesia más santa, y, consecuentemente, más misionera. El Santo Padre vuelve a proponer con fuerza el binomio inseparable “santidad y misión”. Indica en la vía de la santidad el fundamento sobre el cual debería basarse la programación pastoral de cada Iglesia particular, e invita a todos los Pastores a proponer con convicción “la alta medida de la vida cristiana ordinaria” (*Novo millennio ineunte*, 31).

### 3. La Iglesia en América y la misión *Ad Gentes*

Juan Pablo II ha tenido siempre a la Iglesia en América, en el centro de su Ministerio Pastoral. “El continente de la esperanza”, representa para el Santo Padre la comunidad católica que, en el presente y en el futuro de la vida de la Iglesia, tiene y tendrá una función de enorme relieve, decisiva, universal.

Para encontrarse a la altura de dicha responsabilidad el Santo Padre ha llamado a la Iglesia en América a renovar su identidad cristiana mediante el programa de una “nueva evangelización”, invitándola al mismo tiempo, a comunicar la riqueza de la propia fe mas allá de sus fronteras.

El Papa ha repetido dicho llamado, en una especie de “crescendo”, durante sus viajes al Continente Americano, desde aquella memorable peregrinación apostólica a México en 1979, que abrió la cadena ininterrumpida de su peregrinar misionero por todo el mundo, hasta la más reciente visita a Montreal, México y Guatemala en 2002, con motivo de la Jornada Mundial de la Juventud y de las canonizaciones del Hermano Pedro de San José Betancur, de Juan Diego y de la beatificación de los Mártires de San Francisco Cajonos.

En la conclusión de la Exhortación apostólica postsinodal *Ecclesia in America*, el Santo Padre renovó dicha llamada –que yo definiría más bien como un “**grito profético**”– invitando a las Iglesias particulares en América “*a extender su impulso evangelizador más allá de sus fronteras continentales*”, a no “*guardar para sí las inmensas riquezas de su patrimonio cristiano*”, a “*llevarlo al mundo entero y comunicarlo a aquellos que todavía lo desconocen*” (n. 74).

El Continente Americano, sobre todo la América Latina, es un continente mayoritariamente católico. Si la misión *ad gentes* es una tarea que incumbe a todo cristiano en virtud de su bautismo, esta vocación fundamental tiene que interpelar mayormente a las Iglesias particulares en América, en cuanto exigencia esencial, constitutiva, de su propio ser.

La historia de la evangelización de América quedaría mermada e inacabada si se limitase a la sola nueva evangelización del Continente. Entre misión *ad gentes* y nueva evangelización existe, en realidad, una íntima e indisoluble relación, pues esta halla su inspiración y apoyo en el compromiso por la misión universal (cf. *Redemptoris missio*, 1). Sin misión *ad gentes* las Iglesias particulares quedarían sin una apertura y sin un respiro universal, pues aunque territorialmente sean delimitadas, espiritualmente no lo son. En virtud de su naturaleza, necesitan abrirse a la dimensión de la catolicidad mediante la misión *ad gentes* (cf. *Redemptoris missio* 34). Una Iglesia evangelizada alcanza su madurez cuando es genuinamente evangelizadora.

Tal es la lógica de la catolicidad misionera, como han recordado los Obispos latinoamericanos en Puebla y en Santo Domingo. Recomendaciones que de igual manera han sido recogidas, promovidas y difundidas capilarmente por las Direcciones Nacionales de las Obras Misionales Pontificias y por el CELAM, mediante las actividades de su Departamento de Misiones.

Tal ha sido el *leit motiv* de los precedentes Congresos Misioneros Latinoamericanos de los que este Congreso recoge fielmente su abundante y rica herencia. El Segundo Congreso Americano Misionero –es necesario recordarlo una vez más– sigue la tradición y la trayectoria de los COMLA's. Tales encuentros de carácter continental, apoyados desde su providencial inicio por la Congregación de la Evangelización de los Pueblos, se han ido celebrando con evidentes frutos de fe y de generosidad misionera, en varias ciudades de la geografía latinoamericana.

#### 4. El segundo Congreso Americano Misionero

En continuidad con el precedente I Congreso Americano Misionero y VI COMLA, celebrado unos meses más tarde de la promulgación de la Exhortación apostólica postsinodal *Ecclesia in America*, y después de la dichosa experiencia del Gran Jubileo del año 2000, la Iglesia en América se sitúa nuevamente ante el horizonte ilimitado de la Misión universal.

Queridos hermanos y hermanas, nos encontramos en la “hora americana” de la misión *ad gentes*. ¡Se trata de un momento y de una hora también “cronológica”!, ¡estamos hablando del hoy y del ahora!, ¡estamos afirmando que la vida de la Iglesia en América es hoy la misión *ad gentes*!

Es este el momento de acoger con decisión, sin miedos, dicho desafío. Los Pastores que sabrán apostar por la misión *ad gentes*, expresión dinámica de la caridad, que “a partir de la comunión intraeclesial se abre por su naturaleza al servicio universal” (cf. *Novo millennio ineunte*, 49), obtendrán, ya en un futuro inmediato, una profunda renovación de sus comunidades cristianas, un aumento de la fe, un crecimiento de las vocaciones al sacerdocio, a la vida religiosa.

Una pastoral fundada sobre la animación misionera puede renovar profundamente la vida cristiana de nuestros fieles. La misión *ad gentes*, en efecto, “renueva la Iglesia, da nuevo vigor a la fe y a la identidad cristiana, da nuevo entusiasmo y nuevas motivaciones” (*Redemptoris missio*, 2). ¿No es este el ejemplo que nos ofrecen numerosas Iglesias particulares en América que ya están dando desde su pobreza y se ven bendecidas por los dones y el fruto del Espíritu? Como justamente ha señalado el Señor Cardenal Rodolfo Quezada Toruño, en la carta de convocación al Congreso: “sabemos que las necesidades de nuestras Iglesias son apremiantes, pero la urgencia de la misión universal *ad gentes* es todavía mayor”. *¡Charitas Christi urget nos!* (2 Cor 5, 14).

Sí, queridos hermanos y hermanas, **es urgente que la Iglesia en América una todos sus esfuerzos hacia la primera evangelización y la fundación de comunidades cristianas entre los pueblos que no conocen a Cristo** y que constituyen la mayoría de la humanidad.

48

Una atención especial la merece el continente asiático, donde viven más de 3.700 millones de personas (el 60% de la población mundial), y donde son católicos apenas 110 millones (un escaso 3% de la población asiática), la mitad de los cuales están concentrados en un sólo País, Filipinas.

En numerosos Países asiáticos la Iglesia está dando los primeros pasos. Hace pocos meses he estado en Mongolia (una República ex-comunista, de dos millones y medio de habitantes situada entre Rusia y China), para la consagración episcopal del primer Prefecto Apostólico de Ulaanbaatar, Mons. Wenceslao Padilla, misionero de Scheut, filipino. Su comunidad católica no llega todavía a 200 personas. Digo bien, 200; ¡no 200.000, ni 2.000! Iglesias particulares que nacen en modo sencillo, pero con un gran dinamismo; Iglesias que necesitan la ayuda espiritual y material de toda la Iglesia.

Dicha responsabilidad por la misión universal, queridos hermanos y hermanas, ya es sentida por muchas Iglesias particulares en América, y debería constituir “el elemento primordial de la pastoral ordinaria” de todas ellas, desde el Norte hasta el Sur del continente (cf. *Redemptoris missio*, 83).

Para conseguirlo, es necesario que cada uno de nosotros, cada una de nuestras comunidades renueve su propia vida de fe, de modo que la actividad evangelizadora *ad gentes* sea el fruto del primado de la gracia y de una vida de santidad. El despertar responsable de la cooperación misionera “se fundamenta y se vive, ante todo –nos recuerda el Santo Padre– mediante la unión personal con Cristo; sólo si se está unido a él, como el sarmiento a la vid, se puede producir buenos frutos. La santidad de vida permite a cada cristiano ser fecundo en la misión de la Iglesia” (*Redemptoris missio*, 77).

Existen numerosos signos de la acción santificadora del Espíritu, signos de esperanza, que nos dan a entender que la vida de la Iglesia en América es hoy y está llamada a ser, cada vez con mayor convicción, la misión *ad gentes*.

- Los testimonios de santidad, de entrega incondicionada al anuncio del Evangelio, de numerosos hijos e hijas de la Iglesia en América.
- La intensa actividad de animación misionera que las Obras Misionales Pontificias realizan a nivel nacional, regional y diocesano en favor de la misión *ad gentes*. Algunas Obras, pienso en particular a la Pontificia Obra de la Santa Infancia, están

teniendo un despliegue y una actividad admirable en todo el continente.

- El creciente compromiso misionero de numerosas diócesis que, bendecidas por el Señor con mayor número de vocaciones y de medios, no dudan en compartirlos con otras más necesitadas, tanto dentro como fuera del país, o incluso más allá de las fronteras continentales.
- El crecimiento en no pocas partes de América, de las vocaciones sacerdotales, religiosas y de fieles laicos (catequistas, jóvenes y familias misioneras) dedicados a la evangelización y a la misión.
- El dinamismo misionero *ad gentes* de los movimientos eclesiales y de las nuevas comunidades, bien presentes en toda la geografía eclesial americana.
- Los Institutos y las Sociedades específicamente *ad gentes*, nacidos en América, y la fecunda actividad de animación misionera que ellos realizan en pro de dicha misión. El nacimiento de diferentes Seminarios Diocesanos Misioneros en varios países del continente americano.

Por otra parte, existen dificultades que, de alguna manera, frenan dicho impulso evangelizador y que constituyen retos importantes a los que se debe hacer frente. Recordemos algunos que tocan de cerca la realidad social y eclesial del continente, especialmente de América Latina,

- Una, todavía escasa conciencia misionera. En algunas partes aún se asegura, erróneamente, que el sacerdote secular ha sido ordenado en modo exclusivo para su Iglesia particular y que, por lo mismo, no debe preocuparse de la misión *ad gentes*, tarea que correspondería al clero religioso. Ni faltan aquellas en las que está muy presente la idea de pensar que la pobreza económica y de medios, concede el derecho de definirse como “iglesias que deben solamente ser ayudadas”.
- La proliferación de numerosas sectas. Solamente una renovada presencia y un nuevo impulso misionero de la Iglesia, especialmente en los sectores más expuestos a dicho influjo, puede ayudar a profundizar o a implantar las raíces de la tradición católica. Este desafío exige que “la Iglesia sea cada vez más comunitaria y participativa, con comunidades eclesiales, grupos

de familias, círculos bíblicos, movimientos y asociaciones eclesiales, haciendo de la parroquia una comunidad de comunidades”.

- La manipulación por parte de ciertas “ideologías” del mundo indígena, mediante una visión arcaica, utópica, de las etnias amerindias. En algunos casos se pretende “restaurar” las antiguas religiones, oponiéndolas polémicamente a la Iglesia católica, cuya fe es profesada por la mayoría de dichos pueblos con una fe profunda, sencilla y sincera. La Iglesia “debe dedicar una especial atención a aquellas etnias que todavía hoy son objeto de discriminaciones injustas” (cf. *Ecclesia in America* 64).
- La necesidad de una mayor comunión entre el sur y el norte del continente. Una “mayor solidaridad entre todas las naciones de América” (cf. *Ecclesia in America*, 2), sostenida y favorecida por la Iglesia, contribuirá no sólo a la unidad espiritual del continente americano, sino también a dar una respuesta a los desafíos y a los problemas actuales entre el “norte y el sur del mundo”.

## Conclusión

Queridos hermanos y hermanas, ¡caminemos con esperanza!, ¡vivamos y actuemos como misioneros, sintiéndonos responsables de la construcción de la Iglesia en el tercer milenio!

El II Congreso Americano Misionero, al hacer presente el mandato de Cristo a todas las Iglesias particulares del continente, nos invita una vez más a ponernos en camino: “¡Id pues y haced discípulos a todas las gentes, bautizándolas en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo!” (*Mt* 28, 19).

**Es el mismo mandato misionero que “nos introduce en el tercer milenio invitándonos a tener el mismo entusiasmo de los cristianos de los primeros tiempos.** Para ello podemos continuar con la fuerza del mismo Espíritu, que fue enviado en Pentecostés y que nos empuja hoy a partir animados por la esperanza «que no defrauda» (*Rm* 5, 5)” (*Novo millennio ineunte*, 58). Para ello

contamos también con la potente intercesión de los santos y de las santas de América.

Encomendemos a la protección materna de Santa María de Guadalupe, Reina de toda América, Reina de los Apóstoles, los frutos de nuestro II Congreso Americano Misionero. Que Ella, habiendo recibido a todos los hombres y mujeres por hijos suyos, interceda por la Iglesia en América, para que se haga portadora del anuncio de la salvación a todos aquellos que aún no conocen el Amor y la misericordia divina.

**¡IGLESIA EN AMÉRICA, TU VIDA ES MISIÓN!**